

LA OBRA

Precio: 10 ctvs.

PERIODICO DE IDEAS

Trimestre: \$ 0.60

 Institut
 Soc. Schiedene
 Amsterdam

Cafiero



La Insurrección

La Comuna, la Internacional: una nueva entidad que se presentaba a reclamar sus derechos, pretendiendo desasirse de todos los amos y fundar el orden en la armonía de la igualdad y del trabajo... En la primera, la entidad era la comuna, pero la comuna libre del gobierno de Versalles y de todo gobierno; en la última era sólo un tipo: el obrero. Grandes ideas tenían su expresión allí, sobre todo en la Internacional. En ninguna parte se pensaba tanto, ni tan profundamente, ni se había ido tampoco tan lejos. A su influjo, veíase burgueses hacerse obreros y ser para toda la vida socialistas. Ahí sí, allí también discutíase, y para Cafiero, lo mismo que para Bakounine, el socialismo fue anárquico... Aquella vez que se dijo «anárquico», talláronse también

los tipos capaces de contener esta enorme idea. Cafiero fué de ellos completamente. Dió todas sus riquezas a la causa de la revolución. Hizose obrero; cuando un comprador de mala fe no le quiso pagar lo que le había comprado, rompió los documentos que probaban la deuda, diciendo: «no recurriré a unas leyes a las cuales no reconozco». Fué un partidario constante de la insurrección. Pasó su vida en la agitación y en las cárceles. Y cuando ya viejo, encarcelado y terriblemente apretado por la autoridad, temió haber hablado dormido comprometiéndolo el secreto de algunos compañeros, enloqueció, y después de algún tiempo murió.

Tal es la figura revolucionaria de Cafiero.

El partido anarquista

Si el conjunto de todo nuestro movimiento, resultado de actividades concertadas para cosas varias — todas las que comprende la acción anarquista, que es múltiple, con sus filósofos, sus artistas, sus sabios, sus agitadores o luchadores, y por fin sus revolucionarios — nos presenta exteriormente, y aún fuera de toda repugnancia por la palabra, lo mismo interiormente, como un *partido* — el partido anarquista —, es preciso saber ver que nos desenvolvemos y estamos muy diferentemente afiliados y organizados — la afiliación y la organización existen, aunque no sean ellas la obra de un afiliador o un organizador —, que todos los partidos.

La disciplina, pues también tenemos una disciplina, aunque no sea ella como la de los restantes partidos, no es con un orden disciplinario que sea aceptado al solicitar la afiliación, a la cual no se solicita tampoco, ni hay nada a quien solicitarla; sino es con las ideas, con la propaganda, la acción que es de nuestro agrado, con todas las cosas que queremos o es capaz nuestra inteligencia de ver y comprender entre las que forman las manifestaciones múltiples del partido del no gobernar, o sea la Anarquía: es con la necesidad que cada uno sentimos, y muchos podemos sentir a la vez, de llevar adelante, solos o apoyando a otros compañeros, las obras o las acciones que nos seducen o nos constanzan; de las que nos formamos buena opinión, o hacemos de ellas un ideal... Esto somos, quizá más disciplinados que otro ninguno, en las cosas que comprenden y ve nuestra conciencia, los anarquistas. ¿Quién nos lo manda? Nadie; — nosotros mismos. Esto es enteramente hermoso en los afiliados al partido anarquista: sabios u obreros... De comprender es que rechazamos toda otra disciplina que cambie principalmente las condiciones de la afiliación o de la permanencia en el partido anarquista, por ser a paso al paso que sueñan sobre las tablas del aula las seces patas de palo.

Y no hay que hacerle. Pues entre ser catédrico o discípulo, para ellos también la elección es fácil: se mueren por ser maestros; ¡Están perdidos!

El tata-dios del Tandil

Según Pérucecelli de la Cattina en sus «Memorias de Judas», Jesús fué un pescador de incautos que tragó su propio anzuelo. El se dio a la propaganda en contra de los romanos para vivir, como cualquier fraile de ahora, de su casística boca, gruesa, algo incendiaria. Entró a dar voces al mar de una fe dormida, y al despertarse las olas se lo empujaron infamante, en la tierra de la vid y del olivo, sino en Roma, en un tabuco de los suburbios, tísico.

Mientras era hombre, no más, judío patriota y protestadario, los negocios le marcharon. Pero se sugestionó; se le subieron al tope sus propios fuegos fonéticos. Y en vez de haber sido como un simple carpintero, se puso a disparatar como un dios auténtico.

Pobre loco! Le coronaron de espinas, le dieron de bofetadas, le arrastraron por el odio. Y, a pedido general, le crucificaron entre dos ladrones.

Judas, que era su Meceas y el que le había lanzado a la vida profeta, se enterneció noblemente. Compró la guardia al pretor, le dio a Roma. Allí murió de tristeza años más tarde, con la terrible visión de su fraesco celeste... Mientras dandos y discípulos andaban por la Judea diciendo que, pues su cuerpo no estaba en «la tumba fría», era una prueba que había resucitado y subido al cielo...

Dolores.

Entre ser catédrico o discípulo, la elección para nosotros es fácil: Es lo mismo que elegir entre calvo y cabelludo. O entre miopie y ver la vida a través de dos oblenes de vidrio, o tener limpios y claros los ojos.

Discípulos, nos quedaría el recurso de no asistir a la clase. No asistiríamos. En verdad, ni de chicos asistimos.

Qué sé yo qué vieja ciencia adquirida, hecha instinto en nuestros nervios, nos inclinaba a creer que en la escuela no iban a enseñarnos nada. Nada de lo que precisábamos saber en aquel entonces: cruzar a nado el arroyo, reñir a trompis, otear, desde el vicio pino o el aramo florecido, «la moviedaza», como una exvoto de plata, arriba, y el tren, como una arteria de fuego, abajo...

¿Qué iban a enseñarnos ésto los pobres maestros patas de palo, brazos sin músculos, ojos con vidrios?... Estas cosas y estas heces, cómo quedaban para los discípulos. Los que enseñan no las saben ni las comprenden; las niegan. Es el caso de aquella isla que descubrió un navegante y que negaron los geógrafos... porque no estaba en sus mapas.

En fin, que eran tan verdes los valles, tan asoleadas las sierras y tan sonoros los bosques, que no íbamos a la escuela. ¡Eran tan tristes las clases! Nos salvamos gracias a esto. Y hoy sabemos que la vida es grande...

¡Ay! pero en Dolores van. Toda su juventud está en la aula, y de allí saldrán mañana sus hombres, sus sabios geógrafos. Ahora, no más, chiquitines como son, todavía con turgenias de lechones, ya saben negar las islas, los continentes, los mundos de las ideas... que no están en sus libros de texto. Felíciten a sus maestros los padres. Esto prueba que la miopía catédrica prende como vicio en sus hijos; que éstos ya marcan el paso al son que sueñan sobre las tablas del aula las seces patas de palo.

Y no hay que hacerle. Pues entre ser catédrico o discípulo, para ellos también la elección es fácil: se mueren por ser maestros; ¡Están perdidos!

Según Pérucecelli de la Cattina en sus «Memorias de Judas», Jesús fué un pescador de incautos que tragó su propio anzuelo. El se dio a la propaganda en contra de los romanos para vivir, como cualquier fraile de ahora, de su casística boca, gruesa, algo incendiaria. Entró a dar voces al mar de una fe dormida, y al despertarse las olas se lo empujaron infamante, en la tierra de la vid y del olivo, sino en Roma, en un tabuco de los suburbios, tísico.

Mientras era hombre, no más, judío patriota y protestadario, los negocios le marcharon. Pero se sugestionó; se le subieron al tope sus propios fuegos fonéticos. Y en vez de haber sido como un simple carpintero, se puso a disparatar como un dios auténtico.

Pobre loco! Le coronaron de espinas, le dieron de bofetadas, le arrastraron por el odio. Y, a pedido general, le crucificaron entre dos ladrones.

Judas, que era su Meceas y el que le había lanzado a la vida profeta, se enterneció noblemente. Compró la guardia al pretor, le dio a Roma. Allí murió de tristeza años más tarde, con la terrible visión de su fraesco celeste... Mientras dandos y discípulos andaban por la Judea diciendo que, pues su cuerpo no estaba en «la tumba fría», era una prueba que había resucitado y subido al cielo...

Los Carteles del camino

Son las «Memorias de Judas» estas. Todo lo anticristiano y sacrilego que queráis; pero, también, verosímiles. Por lo pronto, algo así, o muy parecido, le pasó en Tandil a otro pobre Cristo.

Era ésto un viejo paisano que vivía de adinanzas, de curas y de milagros. Y en ratos de ocio, «para matar la ociosidad», predicaba contra el gringo que había alambrado la pampa y traído médico al pueblo. Pero, sin grandes gestos.

Mas, apareció su Judas en el cuerpo y en el alma de un señor Gómez, terrateniente local, endeudado hasta los pelos con unos vasos almanceneros: los Chaparro. Hizo brillar ante el viejo unos fajos de billetes y no sé qué otros destinos de restaurador nacionalista. Profeta, tata-dios, le hizo. Lo pesó en sus propias redes...

Lo demás se vino solo. El primer día del año 1870, el viejo reunió otros cuantos pobres diablos como él, y se largaron a fundar patria. ¡A degollar extranjeros! Empezaron, claro está, por la familia Chaparro; no dejaron ni un vivo para que le recordara al deuda a Gómez...

Después, después, lo de siempre: el pueblo armado y de pie, persecuciones, capturas, lanzazos, tiros. La ley del Talión a la orden del día. No quedó ni el apellido del Tata-dios de Tandil!

Estas «memorias» no las ha escrito hasta ahora Judas Gómez; pero las conserva el pueblo. ¿Por qué don Ricardo Rojas no las recoge para nutrir un capítulo de sus restauraciones nacionalistas?... Valen la pena.

Los compañeros

Algo han hecho las ideas creando entre los proletarios un estado de conciencia superior al de la raza, la patria, el interés económico. Dando vida a una familia en que todos son hermanos y hermanas que viven siéndoles con el pensamiento, interesados en los pasos de cada uno y en la suerte del conjunto a través del mundo. Han creado los compañeros.

Si. Vais al rancho campesino o al cuarto del conventillo, os arriarán al mostrador del empleado o a la estiva del trabajador del puerto, — y en todas partes veréis lo mismo. Para su faena un punto, os dan la mano, se yerguen hombres iguales vuestros. ¿Qué luz, qué estrella de simpatía les veis brillar en el fondo de las pupilas? Es el compañerismo!

Después vienen las preguntas... De los más lejanos pueblos y los más remotos tiempos, ellos traen, hacen mover, hablar, vivir a los hombres, las mujeres y los niños de la gran familia. — ¿Dónde están ahora; qué hacen?... — Y evocan luchas, prisiones, cantos, periódicos; todo, en fin, esto que forma el mundo nuevo que han creado nuestras ideas.

Y pasado este momento de expansiones familiares, se ponen graves, miran de frente, se serios. Sentís que van a pasar a cosas solemnes; que van a pasar del amor de la familia al deber que se han impuesto con la humanidad. — Compañero, — dicen: ¿Cómo va la propaganda?... ¿Qué pensáis del maximalismo en Rusia?... — ¿Para cuándo?... — Aquí la voz se les torna oscura, firme, maciza.

Generalmente, sin esperar la respuesta, se vuelven a sus faenas. Y aporrecan los terrones los labriegos, buscan el ferrijo más grande para cargarlo, los cargadores, machuecan con violencia insistida, sus hieiros, los forjadores. Parece que quisieran despertar la voz de las cosas que cultivan y manejan; forzarlas a que les contesten ellas: — ¿Para cuándo!...

Ah! mundo nuevo, idea nueva, nueva estrella que hemos preendida en la conciencia del hombre, los anarquistas! Qué desgraciados, qué ciegos sois los que no le veis brillar todavía! Qué poca cosa es la raza, la patria, la gloria, el egoísmo económico frente a esta familia nuestra de hermanitas y de hermanos! De compañeros!...

R. GONZALEZ PACHECO

B. Blanca, Octubre 20, 1918

El partido militar

La sentencia de muerte ha sido dictada para los imperios de Austria y Alemania. El presidente Wilson, obrando como agente del destino, ha pronunciado esta sentencia, negándose a tratar el armisticio con los gobiernos que han hecho la guerra. Wilson es el hombre del destino que se presenta a apabullar definitivamente, con el valor y fuerza de los ejércitos, los dos odiosos regímenes de los imperios centrales, y también el de Turquía, haciéndose el campeón decidido de las ideas democráticas. Está bien. Luego de obtenido ésto, que va a concederse sin duda, por miedo que los pueblos no se contenten ya con esto y vayan a la revolución social, como ha acontecido en Rusia, y un poco parece que está por acontecer en Bulgaria y en las mismas Austria y Alemania, la paz se hará conservando las ventajas del vencedor, lo cual no nos parece reprochable a nosotros, como les parecería a los gobernantes de los países aliados si los imperios centrales fueran vencedores, pues es lo que han perseguido todos en la guerra. El régimen democrático no es nada; no es más que la manera de debilitar hoy a los sistemas que imperan en Austria y Alemania, y con ésto al partido militar alemán, poniéndolo frente al pueblo, y suponiendo que este partido militar, de influencia escasa o preponderante, según no solamente los pueblos sino principalmente los gobiernos, sean ellos monárquicos o republicanos, en otras partes no existe, para arrastrar las naciones a la guerra, pudiendo desencadenar una conflagración como la presente, o aún otras más pequeñas o universalmente menos importantes, como las que a la actual han precedido, abriendo el camino, haciendo de él de sembradores...

El propio Wilson, que tan alto ha hablado de la necesidad de apabullar al militarismo prusiano para la paz del mundo, representa al partido militar de su país; aquí lo representa sobre todo un escritor que siempre pretendió traer la palabra de la máxima civildad — Leopoldo Lugones —, y un partido de abajo que por sus principios y también por sus fines debía ser el menos militar; el partido socialista. Hubiera bastado que el gobierno, a quien se acusa de germanófilo, hubiera prestado su apoyo en vez de retirarlo o de negarlo, para que este partido militar no condujera a la guerra, que no sería muy terrible para nosotros, que es cierto, por la impotencia en que estaba Alemania para herirnos, pero que habría llevado a perder en el campo de batalla algunos contingentes de jóvenes que no han pensado ellos nunca en formar en el partido militar, deseando únicamente la terminación de los horrores de la guerra que tantos millones de hombres ha sa-

crificado, y sin importarles tanto la solución gubernamental de la cuestión, pues los pueblos padecen lo mismo bajo todos los gobiernos, y, en resumen, con el mismo triunfo, no habrían conquistado nada para ellos...

El partido militar se vale universalmente de los mismos medios para arrastrar al pueblo a su militarismo intervencionista y guerrero. Ellos son un «chauvinismo» ardiente y exagerado, dónde las palabras *honor nacional* huelen de lejos a partido militar. Todas las nacionalidades pequeñas han pagado bien caro, el pecado de dejarse arrastrar por su partido militar: Servia, Bélgica, Montenegro, Rumania, Grecia, Bulgaria, Turquía, aún las grandes como Italia, Francia, Rusia, y ahora Austria y Alemania. El partido militar de Rusia ya pagó su merecido. Ahora queda el de todos los otros que lo habrá de pagar también. ¡Y ésta sí que habrá de ser liquidación del partido militar totalmente, en Europa, y quizá en América también! El partido militar de la América del Norte tiene ya grandes deudas con su pueblo; la última es la ley de deportación de todos los anarquistas. Y una de las primeras ha sido la de posesionarse militarmente del pueblo de la Unión.

¡No! Nosotros hombres del pueblo no debemos dejarnos embaucar por los pretextos que siempre toma, ha tomado y tomará el partido militar, sino procurar su destrucción. ¡Ese es el enemigo de la paz del mundo! Demos al traste con nuestro partido militar, que quién sabe mañana qué nos exigirá...

La cárcel

Una intensa agitación se estaba llevando a cabo en Portugal, cuando fueron expedidos los últimos periódicos que de allí han llegado, por las sociedades obreras en el ramo de construcción, para impedir que ningún obrero fuera a construir una nueva cárcel votada por el gobierno, para tener una mazmorra más donde sepultar entre espesos muros a sus enemigos.

La cárcel es el símbolo de piedra de la opresión; la sociedad que la admite no es libre; revista ésta las formas que quiera, mientras existan habilitadas las cárceles. Será el mismo sistema de tiranía y horror. Será siempre la eterna advertencia, en el oído de los hombres que se ven obligados a convivir al lado de estos siniestros edificios, de que ellos no son libres, pues para negar esta libertad, existe la argolla de la esclavitud que a cada hombre puede ser puesta, por quienes se apoderen o se hagan dueños de ella, para uncin a sus leyes, a sus odios o a sus caprichos, al resto de los hombres que han situado sus casas a la sombra de la cárcel...

La Bastilla, Montjuich, la fortaleza de Pedro y Pablo, todas las cárceles y las mazmorras del mundo, constituyen símbolos odiados. En ellas se degrada igualmente el que sufre la cadena, cuya situación es la más triste y miserable, como el que vigila y cuida que el hombre encaadenado no recupere su libertad — es inútil preguntar a qué amos sirve ésto —, como el que tolera o consiente o pone sus esperanzas en la cárcel, y no encuentra nada en su conciencia que le irrite o le subleve contra el ejercicio de esta infamia. La profesión de carcelero es universalmen-

te odiada y despreciada. Sólo la violencia legalizada y triunfante, hace de estos hombres agentes también de su voluntad o sus caprichos. ¡Y cuán odiados son ellos!

Los pueblos debían destruir las cárceles, a cuya sombra se ven obligados a situar sus casas en el actual estado social, como se destruyeron los antiguos castillos feudales — cárceles del señor también —, por las poblaciones de campesinos obligadas por la gleba a habitar a su sombra... El pueblo de París destruyó a «La Bastilla», que era el símbolo de piedra de su opresión. Por esto debe hacerse resaltar la hermosa actitud del proletariado portugués, ya que otras cosas no puede evitar, de negarse a construir la nueva cárcel votada por su gobierno...

COLABORACION FEMENINA

Si las bestias hablaran

Al menor amago que se hace para aflojar las cadenas del amor, nos salen los reaccionarios con que «no somos animales» y que como no somos animales, debemos conformarnos con esta esclavitud que debe tener la especie humana para diferenciarse de las bestias; para ellos toda la pureza, toda la belleza y sublimidad del amor la constituye la sanción de la ley: la más monstruosa venta es una santa coyunda, si lleva el sello legal; y el amor más verdadero y puro un crimen, si no lleva patente del Estado. Con tan lógica manera de raciocinar es imposible toda discusión: se aferran en que no somos animales y de ahí no se les saca.

Tienen el cerebro cristalizado con el cuento de la Biblia, y no comprenden que la mayor parte de los males que sufrimos vienen de la creencia errónea de suponer al ser humano como algo aparte de la naturaleza y que no tiene necesidad de regirse por las leyes naturales, ni para conservar la vida y la salud.

¡Ah!... si las bestias hablaran es posible que dirían con gran desprecio: «Nosotros no somos humanos para esclavizarnos con cadenas eternas; nosotros no somos humanos para tiranizar a nuestras compañeras; nosotros no somos humanos para comprar el amor, ni para hacernos guardar fidelidad, «nosotros no somos humanos para maltratar o asesinar a nuestra esposa; si nos es infiel, no desahogamos nuestra rabia con la que es más débil que nosotros, sino que tenemos la nobleza de atacar al más fuerte, a nuestro rival, al que pueda medirse con nosotros, el enel no hayte cobardemente, como suelen hacer los amantes humanos; sino que defende de a su amada».

«El amor obtenido por la fuerza o por el miedo nos es desagradable; cuando una hembra nos rechaza, nos retiramos dignamente a buscar otra más amante; y por eso, porque no degradamos el amor, porque disfrutándole con libertad no llegamos jamás al libertinaje, es que no sufrimos las horribles enfermedades sexuales que ellos padecen.»

«A donde quiera que fijamos nuestra nueva nos sigue amorosa nuestra fiel compañera, sin necesidad de una ley que diga: «La mujer debe vivir el mismo domicilio del marido». Tampoco necesitamos de leyes escritas para reconocer, alimentar y defender a nuestros hijos, de amenazar con la fuerza pública a la esposa para que no se escape de nuestro lado.»

«Ellos emplean su desastada razón en quebrantar las leyes naturales; en crearse cadenas, en una palabra: en hacerse triste e insostenible la vida; mientras que nosotros como no disfrutamos de albedrío, nos guiamos solo

lista autónoma adoptada en el 4º congreso, y la declaración de principio hecha por el 5º afirmó lo respecto por aquellos.

¿Qué era de los socialistas, mientras tanto? En la reunión que acabamos de hacer, se mencionó, además de la Federación, una pequeña fracción denominada Unión General de Trabajadores, constituida y prestigiada por el partido socialista, que cuenta, según los últimos balances publicados, alrededor de 2.500 miembros. Estos eran los sindicalistas socialistas. «En el partido socialista se había producido una escisión — dice Gilimón, en el libro antes citado. Un grupo de jóvenes instruidos y entusiastas, quedaron fuera del partido al cual habían intentado modificar la marcha (como hoy los socialistas internacionales). Estos daban mayor importancia a la acción gremial que a la política, y consideraban que en el parlamento los socialistas debían ante todo hacer labor obstruccionista. Separados del partido, constituyeron una agrupación que denominaron sindicalista, adoptando el nombre que en Francia e Italia habían tomado los partidarios de la organización gremial. Los sindicalistas argentinos dirigieron su vista hacia la Federación. Vieron en ella un organismo sindical que respondía en gran manera a sus concepciones de lucha, e intentaron realizar una fusión con los escasos gremios que constituían la Unión General de Trabajadores, y que aún siendo un organismo de origen socialista, se manifestaba en general más afín a los sindicalistas que a sus antiguos organizadores. En la Federación había causado entusiasmo la idea de reunir en un solo cuerpo las dos grandes asociaciones obreras del país. Empero había un obstáculo, o mejor dicho varios obstáculos. Por un lado los sindicalistas eran para la Federación sospechosos de socialismo, por haber pertenecido al partido socialista hasta hacía muy poco, y por mantener en las bases de la agrupación que habían constituido, la acción parlamentaria. Por otra parte los sindicalistas atacaban frecuentemente los ideales anarquistas (como hoy todavía) y declaraban que los organismos obreros no debían tener ideología. Por fin los sindicalistas llegaron a comprender que no era el mejor modo de realizar la fusión que prestigiaran, aquel constante batallar, injuriar y atacar a los anarquistas en sus ideales, y se vinieron a transigir, a modificar sus pretensiones primeras, a admitir que en las sociedades obreras se hicieron propaganda ideológica, libertad ésta que se quería negar a los anarquistas. Colocados en este terreno fué ya fácil llegar a celebrar el congreso de fusión y éste tuvo por fin lugar. En los anarquistas había quedado subsistente el recelo. Se sospechó que el grupo sindicalista pretendía introducirse en la Federación para finalmente conseguir la anulación de la propaganda anarquista hecha en los gremios, desde hacía casi veinte años, y se procuró que las bases del futuro organismo federal fuesen en un todo las mismas que tenía la F. O. R. A. En el congreso tomaron parte, en calidad de delegados, socialistas, sindicalistas y anarquistas. Los delegados socialistas, cuando vieron que la acción política era por completo rechazada, se retiraron. Quedaban solos sindicalistas y anarquistas, y ya estaban aprobados casi del todo las bases del nuevo organismo, cuando la moción — dice la revista del Alumnado de La Protesta de que la revista del Alumnado — es la demostración de esa conciencia (a que había adquirido el proletariado organizado de una finalidad social de la lucha gremial); en él se han deslindado posiciones, afirmando la organización obrera sus altos ideales de emancipación social. Se ha dicho bien claro y bien alto: no queremos formar bandos; queremos hombres en la más alta acepción del vocablo. Queremos fuerzas positivas. No queremos hacer ideologías que conducen al futuro porque elevan al individuo, en aras de un montón sin rumbo y sin norte. Comprendemos la sociedad del mañana, sin amos y esclavos, y a ella vamos, esparciendo por todos los cerebros hermanos la simiente de la idea. Luchar para conseguir un pequeño aumento de salario u otra mejora cualquiera, es sólo ejercitar el músculo y el cerebro; luchar para abolir salarios e imposiciones, es conquistar la libertad. Y

han agregado, como un llamado a todos los que se doblegaban al peso de prejuicios y opresiones: el estudio nos ha demostrado que hoy sólo hay un ideal que realice los sueños del pueblo, y este es el Comunismo Anárquico; pues bien, nuestras energías se dirigen a propagarlo.

En el momento más culminante del sindicalismo anárquico; la guerra social se entabló con energía; el carácter se definió completamente y se soportaron deportaciones, prisiones, persecuciones, todo sereno y llegando a levantar olas que amenazaron derribar la sociedad. Entonces los anarquistas no tenían la convicción de hoy: fríos algo, y La Protesta era también algo, llegando a ser, como dice Gilimón, el diario obligado de los trabajadores, y pudiendo alcanzar a producir los hechos del centenario, y una inquietud constante en la burguesía que decretó contra los anarquistas las leyes de residencia y de defensa social, que quemó el diario varias veces, y hubo de ver también la muerte de un jefe de policía, su más celoso y fiel guardador. Esto eran los anarquistas, no hace aún diez años; comparados con hoy, hay un muy grande y muy enorme pasivo en nuestra contra, a la vez que ha aumentado el activo de los sindicalistas socialistas que, más aún que antes, se muestran derrotistas de la acción obrera revolucionaria, y partidarios de las soluciones del gobierno...

Peligros del sindicalismo exclusivo

El otro origen del sindicalismo es, pues, anarquista. «Por el desarrollo de la idea anarquista en el movimiento obrero — dice Grave — éste se sustrae cada vez más a la influencia de los políticos. Esto lo acabamos de ver también aquí, donde el contacto con los anarquistas hizo arrojarse la acción política a la primera Unión General y a los primeros sindicalistas. «Sin ser precisamente anarquista, el sindicalismo ha entrevistado que sus reivindicaciones no deben limitarse tan sólo a la defensa de los salarios, sino tender a la abolición del salariado. Pero hay un peligro en hacer del sindicalismo una doctrina exclusiva; el peligro de olvidar esta última parte o sea la finalidad del sindicalismo. «El sindicato es una agrupación de lucha que se impone a los trabajadores en el orden social actual. Aquellos que son los más oprimidos económica, moral e intelectualmente, tienen reclamaciones que presentar todos los días, todas las horas, a cada momento. Si es cierto que sólo la desampliación completa de la explotación podrá libertarlos, no pueden, con la esperanza de esta revolución que se ve se sabe cuándo se producirá, abandonar la lucha de todos los días, por que esto alentaría a sus explotadores a hacer pesar sobre ellos más fuerte la explotación. En espera de la supresión del salariado y de la explotación capitalista, les es preciso resistir las disminuciones de salario o tomar la ofensiva para obtener su aumento, cuando el crecimiento de las cargas sociales les hace imposible la vida, o una concepción más clara de sus derechos les incita a reclamar una parte más amplia de los beneficios de su trabajo. Y, forzosamente, la lucha cotidiana, el celo de la mejora inmediata o de lo que le parezca, los llevará siempre a fines más inciertos, más lejanos, menos definidos, en esta finalidad verdadera del sindicalismo. En la lucha, sin embargo, es donde se aprende a conocer la inutilidad de las reformas parciales. Por el hecho de que están obligados a luchar diariamente los sindicatos contra los explotadores, a pesar de que inscriben en su programa la supresión del salariado y la expropiación de los que se han apropiado el suelo y los medios de producción, sobrevive toda su actividad en esta lucha cotidiana, forzados como están a dar satisfacción sindical con este fin. Hacer comprender a sus adherentes que la liberación no se hará sino cuando se hayan desbaratado por completo de la explotación, es obra de los anarquistas que entran en los sindicatos. Esta es la ideología; y la afirmación de tal principio es lo que acompañó con una enorme altura moral, no alcanzada nunca por sus rivales, las viejas luchas de la Federación.

«La lucha de todos los días acostumbra a los trabajadores a dar vida a sus reclamaciones, mostrándoles además que el aumento de los salarios es una cadena sin fin que puede desarrollarse infinitamente, dejándolos siempre tan miserables y explotados como antes. Y esta lucha puede hacer predominar también las reclamaciones del momento en detrimento de las aspiraciones lejanas; es decir, hacer que el sindicalismo no deje de ser sindicalismo, como evidentemente lo ha dejado de ser en todos los sindicatos socialistas, convertidos en los más acendrados perseguidores de los que manifiestan aspiraciones lejanas. Es por eso que en la Federación se afirmó tal altivamente un sindicalismo anarquista, el cual por la extensión de todas sus aspiraciones hizo siempre superior y talló más energicamente también el carácter de todos los obreros, que el sindicalismo-socialista que se concretó a las reclamaciones del momento, adaptándose al carácter de las masas en el momento también, en todo, hasta en sus cobardías y en su largamente trabajado derrotismo que sólo le hace tener confianza en sus asuntos depositados en manos del gobierno...

Las causas de la decadencia

«Ah, sí, se conoce lo que ha hecho perder aquí terreno al sindicalismo anarquista, y hacerlo ganar un cambio al sindicalismo socialista, que al fin hemos permitido que reivindicase exclusivamente el nombre de sindicalismo! «A consecuencia de las persecuciones feroces de que he hablado antes — dice Grave —, la propaganda abierta, puramente anarquista, fué detenida durante más de un año, porque bastaba decirse anarquista para ser encarcelado. La actividad de los anarquistas se volvió hacia los sindicatos — aquí fué a la acción puramente mejorista de ellos, pues la Federación no era permitida y por sus consejos se deportaban —; y su propaganda ciertamente fué eficaz (como lo había sido antes aquí cuando los anarquistas se hicieron organizadores), pues lograron transformar a los sindicatos que hasta allí no habían sido sino agrupaciones aisladas, sin fuerza, absorbidos por los políticos. En cambio, para muchos de los anarquistas, esta labor los ha dominado con tal fuerza, que la propaganda anarquista no cuenta ya con ellos; y hay algunos que no están lejos de mirar como traidores a los anarquistas que tratan de recordar que el sindicalismo no es sino uno de los lados de la cuestión. Ha habido influencia recíproca. Los anarquistas han hecho avanzar al sindicalismo, éste ha hecho retrogradar a algunos anarquistas. Esto puede escribirse absolutamente para nosotros. Y también esto otro: «A consecuencia del asunto Dreyfus hubo un movimiento general para la educación del pueblo. Todo el mundo quería educar al obrero. De ahí salió la creación de las Universidades Populares. Este hizo desviar también algunas actividades anarquistas que han sido absorbidas por las corrientes. Sin querer ser necios, esto es lo que ha pasado aquí con la Liga de Educación Nacionalista, cuyo carácter burgués y anti-anarquista se define día a día, forzada a dar satisfacción también a los que se agrupan en su seno con el solo objeto de la educación, y para quienes el anarquismo es un sectarismo como los otros, del cual debe librarse a la humanidad.

La persecución, eliminando a los verdaderos hombres de carácter, deja a los sin él que fallen anfibio, todo, y de lo que pasa. El gobierno no necesita seguir extremando la persecución; y así es posible también que los delegados sindicalistas sean tan amigos hoy del jefe de policía y de todo el gobierno, como enemigos eran ayer, cuando se les deportaba, se dictaban leyes y estados de sitio contra ellos, y tan vivo era el estado de guerra social que hacía necesario el mismo tambaleo de un jefe de policía...

«La Protesta» y la Federación

A consecuencia del centenario, de las enormes persecuciones que siguieron a este hecho de los anarquistas que hicieron celebrar la fecha de la independencia nacional en plena guerra social del pueblo

oprimido con sus opresores, sólo podía estar en pie la organización de los sindicalistas socialistas. La Protesta ni ninguna hoja anarquista podía circular; sus ediciones eran secuestradas, y sus redactores presos y procesados. Los sindicalistas anarquistas una vez que se proponían de nuevo formar la Federación eran presos y deportados. ¡Había llegado el momento para los sindicalistas socialistas! Sacaron un diario que debía sustituir a La Protesta, mas él no tuvo vida. El ambiente era aún de los anarquistas. Después, cuando tras una cuantiosa esdada que costaron la cárcel a los que las tuvieron, La Protesta pudo aparecer semanalmente y no ser tan perseguida, y nosotros nos atrevimos a sacar también El Manifiesto, parando con nuestras protestas, y las de la prensa burguesa, una primer tentativa de la policía de no permitir acto ninguno anarquista — el punto para parar la tentativa policial fué un picnic que debía realizarse para La Protesta —, los sindicalistas socialistas volvieron a hablar de unificación. Se realizó un nuevo congreso, que luego fué desbaratado por los anarquistas que se atrevieron a sostener cara a cara, frente al gobierno, a la Federación. Así ocurrió ella de nuevo; y bien pronto absorbió al movimiento obrero tan totalmente que las propias organizaciones sindicalistas debieron pedir incondicionalmente su inclusión en el renacido organismo federal. La Protesta durante este tiempo se hizo diario otra vez. Entonces, tras la muerte del secretario de la Federación, ocurrida en un accidente, mientras regresaba de dar aliento a un gran movimiento en Berzategui, y que al realizarse el entierro demostró la poderosa fuerza con que ya contaba y el espíritu que la animaba, la policía, que no había cesado de deportar, cayó sobre La Protesta, encarcelando a su redactor y administrador. Vino otro redactor, o mejor dicho vinieron varios, sucediéndose unos a los otros. Por desgracia, uno de los últimos y de los que cobraron más autoridad al frente del diario, fué uno de los que dice Grave que si habían hecho avanzar algo al sindicalismo — entendemos decir a los sindicalistas socialistas que al fin habían aceptado totalmente a la Federación —, el sindicalismo los había hecho retrogradar a ellos. Bajo los auspicios de este redactor realizó el 9º congreso de la Federación, en que los sindicalistas sorprendían al fin a los anarquistas, haciéndoles apartar de las aspiraciones lejanas — el Comunismo, la finalidad social de la lucha gremial —, para hacer casi exclusivo el objeto de las reclamaciones inmediatas. La ideología estaba al fin proscripta; libre la organización obrera de que determinara ella en el sucesivo actitudes de guerra social: lo temido, y aquello que más deseaban eliminar los socialistas sindicalistas, que no estaban dispuestos, como los anarquistas, a aceptar las consecuencias de un objetivo planteado así, con esa energía y esa rotundidad. La Federación, tan ambicionada, al fin estaba en poder de los sindicalistas. El sindicalismo anarquista, con su exclusiva confianza en los movimientos generales revolucionarios, de los que ha abusado tal vez un poco, cayendo alguna vez en el vacío, iba a ser sustituido, sin ventaja para nadie, ni aún para las propias reclamaciones actuales, como lo prueban los últimos movimientos, entre otros los de los ferroviarios, zapateros y carteros, por el sindicalismo socialista, eternamente derrotista respecto de aquella acción que debe inscribirse en su programa el sindicalismo; y para el cual, en el rigor de los hechos, los obreros deben emitir sus reivindicaciones con la huelga, pero el arreglo corresponde al gobierno, o a sus órganos autorizados como el secretario de la Federación haciéndose intérprete ante el gobierno, y no a la solidaridad inmediata y formidable prestada con energía y presteza por todos los obreros organizados. Fué preciso un cambio violento en la redacción de La Protesta, y volver a afirmar el sindicalismo anarquista de la Federación. Pero no se contaba apenas con elementos de valía intelectual ni moral dentro de la Federación, mientras los sindicalistas tenían algunos, principalmente ex-anarquistas, hábiles sobre todo para hacer expulsar de sus organizaciones a los anarquistas o a los delegados de la Federación. Otros, que po-

dían haber interpretado mejor el antiguo sindicalismo anarquista de la Federación, se declararon por la autonomía, y tal fin revelaron estar cansados también de la guerra social, prefiriendo un tranquilo sindicalismo de horarios y jornales, con tal o cual pincelada de solidaridad... Muy pronto mostré la falla insuperable del personal de la Federación, no sólo en el asunto que obligó la caída de la última redacción responsable de La Protesta, en el cual la Federación se fué absolutamente sobre los anarquistas, como no se había ido nunca antes, ni aún cuando una ocasión le hiciera entrega del diario, teniendo en esa ocasión el buen tino de devolverlo a los anarquistas; sino por los descubrimientos de malos manejos y de villanías que después se hicieron en individuos numerosos de ese personal. Algunos de éstos, como La Protesta después, no revelaban tener otro criterio que el de un apatismo anarquista, o absolutamente ningún criterio. Desde entonces La Protesta no ha vuelto a tener una sola redacción responsable, y ha sido frecuente que la Federación no tuviera una dirección responsable tampoco, siendo su hechura la misma de La Protesta. He ahí que los anarquistas no pueden esperar de ellas todavía la ansiada renovación, y que sólo queda, en consecuencia, La Federación y La Protesta están en el ambiente, en muchísimos más que los que se dicen hoy sus sostenedores, pero espera la voz del que pueda despertarlas a las ideas y al valor antiguo. Hoy no se hace más que seguir allí una rutina. Las cuestiones que se proponen no tienen grandeza ninguna. Persistir en los boicots; o como en una carta que nos ha sido dirigida, por impedir que hablen en ellos, impedir que llevemos la ideología a los infieles o mal pagadores a algunos de los movimientos de la Federación, cuando llevar a esas sociedades precisamente la ideología ha sido uno de los principios del sindicalismo anarquista, que también esperaba algo de ella. Esta carta principalmente nos ha movido a ocupar casi un número entero de La OBRA para tratar estos asuntos. En lo demás, vemos que se ha perdido en muchas partes, el concepto aquel manifestado por Liebknecht respecto a la guerra, de que cada proletario debe combatir en su patrón la explotación». En el gremio de cigarreros, dividido en dos partes, vemos que los del 43 atacan al trust, y los del trust al 43; los obreros deben darse cuenta que en esta forma están sirviendo sólo a la política de las fábricas, como han servido a la política de las naciones los obreros ingleses y franceses que combatían el imperialismo guerrero alemán, y los obreros alemanes que combatían el imperialismo guerrero inglés o francés. Como otras muchas cosas, ésta el personal de la Federación debe denunciarlo, y pensar algo más que seguir una rutina que encuentre trazada. Es necesario que este personal se dé cuenta también que las cuestiones con la explotación todos los días se renuevan; así debe darse todo lo fuerte posible con rapidez sobre un explotador, pero no concretarse a eternizar una cuestión sólo con él. Mejor que eternizar dos o tres cuestiones, es tener influencia para mantener una viva guerra social—contra toda la explotación; y si queréis que se os diga, así se entendía el sindicalismo en la antigua Federación. Actualidad, pues! Hoy haría falta que el sindicalismo anarquista impusiera sus normas sobre el sindicalismo socialista. En vez de eso, dos o tres cuestiones efiméricas hasta los infiernos, diremos que no es activo ninguno para la Federación.

Necesidad de los anarquistas

Los anarquistas son necesarios. Es absolutamente necesario que nuestros periódicos sean anarquistas e independientes. «El sindicalismo — dice Grave —, obligado a luchar diariamente, será a cada instante arrastrado a sacrificar el porvenir al presente. Sabemos sin embargo, que toda mejora que deje subsistir la explotación, el salariado, no es sino una mejora ilusoria; que el trabajador, como los demás, no será realmente libre, no encontrará la satisfacción de todas sus necesidades, sino cuando haya destruido totalmente la organización capitalista. Luego, el hecho de dar de lado siempre ciertas reclamaciones que po-

se supone deben impedir la realización de otras menos absolutas, el miedo de asustar a una parte de la masa que arrastra a su renouveau, serán un contínuo obstáculo para que establezca una concepción amplia del movimiento social en el personal sindicalista, si la impulsión no viene de afuera. Esta es la obra de la propaganda anarquista. Por haber faltado ella en el órgano que debía hacerlo, esto es en La Protesta, la Federación pudo haber perdido este concepto en el 9º congreso; ya vemos que los resultados son lamentables hasta ahora...

Motivo verdadero

Otro motivo más por el cual los sindicalistas socialistas son invariablemente derrotistas respecto a los movimientos energícos y decididamente encuados, es su antigua situación privilegiada frente a los anarquistas que eran pueros presos o deportados. Atienda a no perder esta situación privilegiada, haciendo lo posible por no ser confundidos ante el gobierno mismo, aunque deban cambiar radicalmente el carácter de los movimientos, con los anarquistas. No hay que decir que una de las razones del aflojamiento del carácter general, es este temor de perder una situación privilegiada que no tiene sobre sí la amenaza de la prisión, como los anarquistas. Mas, esa realidad, aquella que no marcó la amenaza de la prisión y de la deportación, muy poco ha de significar para los poderosos. Están bien, créanos un sér vivo, cuando merecíamos la reacción formidable de los poderosos, y nosotros mismos ensayáramos nuestra propia reacción. Entonces pasamos nosotros también de las masas, no habiendo pasado nunca el partido socialista de cinco mil electores, y no teniendo poder ninguno los actuales sindicalistas.

La renovación

Así las cosas, toca a los anarquistas ensayar su renovación. Es inútil pensar en la revolución, si no hay ambiente verdadero de guerra social, como lo había ceaso cuando se dictaron las primeras leyes contra los anarquistas, y todo lo de éstos era realmente temible para la burguesía y el gobierno. Ha habido últimamente movimientos tan grandes en extensión, como acaso no los ha habido antes. Pero en vez de tener un carácter revolucionario, han tenido uno legislativo, y hasta ahora a plantear las cosas en término ninguno de guerra social... Esto en su generalidad, pues en los detalles tiene muy poca importancia. Si el pueblo, ni ninguno de los movimientos más importantes, no se desvinculan en un ambiente revolucionario, si su ambiente es por el contrario adverso a los anarquistas, es inútil pensar en la revolución. El sindicalismo anarquista es necesario que renueve toda su influencia en el movimiento obrero o social, para que haya la posibilidad de entrar también con los campesinos y soldados para la revolución. Hoy somos ahogados por el sindicalismo socialista, y vemos a las masas enteramente confiadas en los medios que puedan hacerlas gratas al gobierno. Un ambiente revolucionario no se improvisa, sino que se crea lentamente como en Rusia, o como en cualquiera de los Estados europeos, por el dolor formidable de estos cuatro años de guerra... En nuestro estado, una liga de anarquistas simplemente no tendría importancia; mas la tendría el pleno imperio del sindicalismo anarquista, proponiendo vistas revolucionarias al movimiento o la agitación de las masas, en todo aquello que es real expresión de su viva existencia...

El arte y la rebeldía

Para ésto es necesario también el arte. «Escriitores — dice Pelloutier —, expresad a todas horas, vuestra cólera contra las iniquidades. Demoleid, con vuestras plumas, este Poder que, sin siquiera la sombra del pretexto que pudiera velar sus crímenes, alarga, en nombre de la fuerza, las opiniones; ultraja los más respetables; los más íntimos sentimientos, y viola hasta los menores derechos. Flagelad a estos magistrados que guardan para los grandes y los ricos todo su indulgencia y consideración, y para

los humildes y oscuros, toda su rudeza, su grosería y su rigor. Maread con un tierra caliente, la frente de estos brillantes guerreros que ventilan la vida y el honor de los pueblos en los campos de batalla.

«Pintores, reanudad con vuestro talento y vuestro corazón, el recuerdo de las grandes rebeliones. Pintad los eternos esclavos trémulos de vejez y de edad, amarrados a cadenas que vanamente quisiéran romper, y que con su estuerzo sacuden el mundo.

«Poetas y músicos, lanzad las vibrantes estrofas que despertan en el alma de los humildes la impaciencia de la libertad, y en las horas dominado frecuente de desaliento, reanudad el ardor de las fuerzas. «Sábidos, poned vuestro genio al servicio de la causa de la humanidad. Esta es, meditado bien, la obra que verdaderamente urge para combatir todas las sugerencias del arte al servicio de la burguesía. La palabra inflamada del orador, el violento epíteto del satírico, el canto de guerra del músico, deben ser también nuestras armas, y sin olvidar ni desleír otras, de ellas esperamos más para interesar a los oprimidos, que de las balas forjadas por nuestros valerosos mártires.»

Final
«Creemos que hemos dado lo suficiente para un verdadero programa de acción de los anarquistas, el cual es también nuestro programa. Sin desear por el triunfo, a él debemos aplicarlos todos los anarquistas en esta indispensable renovación que debemos intentar. Hecha tal vez la rana de lo anterior, cuando la deseen pueden contar con nosotros, sin preguntar a ninguno de dónde viene, sino en qué momento a dónde quiere ir...»

NOTAS

Libros
Hemos recibido «El libro humilde y doliente», por Salvadora Medina Onrubia, colección de cuentos a la que seguirán algunos otros volúmenes de prosa y de poesía; y «Ushuaia», monólogo dramático por L. A. Zino, inspirado en el folleto de Blascoain Sayós sobre el presidio de Tierra del Fuego, que entre paréntesis no hemos recibido.

«Tenemos en venta los siguientes libros y folletos, que remitimos al interior previo pago de su precio y 0.15 para el franco certificado.»

Libros.—«La Paz Futura» y «El Botón de Fuego» a pesos 1; «Sobre la ruta de la Anarquía» y «Piedras Reflexivas», a 0.50.

Folleto.—A 0.50, «El sofisma socialista», por Julio R. Barcos «Anarquía», por Malatesta, e «Historia del Socialismo», por Hamón.

A 0.15, «Contestación a una creyente», por N. Faure; «La Anarquía ante los Tribunales», por P. Gori; «Los crimenes de Dios», por S. Faure, «Por qué somos anarquistas», por S. Merlino; «Doce pruebas de la inexistencia de Dios», por S. Faure.

A 0.30, «Sin patria», por Pedro Gori, y «Anatomía Fisiológica», por F. Sutor.

A 0.10, «Degeneración de la especie humana», por Paul Robin; «La mujer esclava y la mujer pública», por R. Chaughi y P. Robin; «La Mujer», por Teresa Claramunt; «¿Dónde está Dios?», por M. Rey y «El Crimen de Chicago».

Agrupación "Brisas Libertarias" Villa del Cerro Montevideo

Se ha constituido recientemente, en Villa del Cerro, Montevideo, una agrupación con este nombre, cuyo objeto es hacer más extensiva la propaganda anarquista de la región, y ayudar a la prensa revolucionaria del mundo, entendiendo que el periódico es un vehículo para la difusión de las ideas.

Los compañeros, centros, agrupaciones, sociedades, etc., que quieran mantener correspondencia, enviar libros, periódicos, folletos, etc., pueden hacerlo a esta dirección: España 280, Villa del Cerro, Montevideo.

Comité de agitación contra la carestía de la vida

Hemos sido invitados a la reunión que convocó este comité, que ha realizado ya varias conferencias contra la carestía de la vida, para el 29 del actual, en el local de Piedras 1012. La circunstancia de no conseguir la anticipación con que debemos hacer entrar en máquina nuestro periódico, noticias de última hora, nos impide comunicar lo resuelto en la citada reunión.

Biblioteca "F. Ferrer", de Laguna Paiva.

En Laguna Paiva, F. C. C. N. A., háse abierto una biblioteca obrera popular; con el título que encabeza estas líneas, la cual pide a los compañeros agrupaciones que editen periódicos, folletos, etc., remitir un ejemplar para su mesa de lectura.

Dirección: Laguna Paiva, F. C. C. N. A. Joaquín del Río, secretario.

Agrupación Germinal de San Pedro

Pide a los que editen folletos, periódicos, etc., quieran remitir un ejemplar para su mesa de lectura; pide asimismo relacionarse con los centros o agrupaciones para todos los asuntos de propaganda.

Dirección: C. de Estudios Sociales «Germinal», San Pedro: F. C. C. A.

C. de E. S. "Eliseo Reclus" Valparaiso, Chile

Recién constituido, este centro de estudios sociales, se propone llevar al pueblo, en una serie de conferencias callejeras, la discusión de muy importantes puntos sociales, de los cuales la mayoría del pueblo está a oscuras todavía. «Necesitamos saber—dice en su manifiesto—, el por qué de este malestar social que está convirtiendo a la humanidad en un enorme hospital de lisiados físicos y morales, en una enorme cárcel en que la mayoría—sus encadenados y la minoría carceleros—y lo sabremos.»

Pide ponerse en comunicación con todas las instituciones libertarias, periódicos, etc. Dirección: Correo 3, casilla 3371, Valparaiso, Chile.

Biblioteca Internacional

Esta institución ha organizado para el jueves 7 de Noviembre, a las 8 y 30 p. m., una velada artística, literaria y musical a beneficio del fondo social de la Biblioteca. Para esta velada se ha obtenido el concurso especial del joven escritor y compañero Diego Mac, recién llegado de Europa, quien dará una conferencia sobre interesantes asuntos de actualidad.

La velada se realizará en el local del «Cine Royal», Tucumán 3118.

Precio de las localidades: Platea, 0.60; tertulia 0.50; palco con 4 asientos, \$ 3.

Por entradas y programas al local de la institución, Guardia Vieja 3372.

Comité de Relaciones

Hemos recibido la siguiente circular, que retransmitimos a la vez a todos los compañeros:

El Comité de relaciones entre agrupaciones anarquistas de Rosario, se propone llevar a cabo un congreso anarquista, en ésta o en otra parte de la república.

Los componentes de la biblioteca libertaria «Almafuertes», desean saber la opinión de los camaradas activos, por lo que nos permitimos hacer las siguientes preguntas:

1º. ¿Concurrirá Vd. a dicho congreso?

2º. ¿El tal congreso es necesario y podrá salir algo útil de él?

3º. ¿Dónde y cuando opina se podría realizar?

La respuesta a este cuestionario debe ser enviada a la biblioteca, Independencia 1959, Rosario.

«Hacia el Futuro», Gueleguy (E. Ríos)

Con este título se ha constituido en esta localidad una agrupación anarquista, la que desea comunicarse con sus «hermanos» y a la brevedad con las que existen en esta provincia.

Toda correspondencia diríjase a Enrique M. Pinar, Cerrita y Nogueyá, Gueleguy (E. Ríos).

«Ideas»

Comemorarán el aniversario de los ahogados en Chicago, el Centro de Estudios Sociales de La Plata, prepara un número extraordinario, de ocho páginas, impreso con tinta roja y un grabado bueno como para un marco. Por este motivo comunicamos que no aparecerá el correspondiente al 25 de octubre.

La Administración. Dirección: Río Negro 1180, Montevideo.

Administrativas

Valores y giros a L. Nikels, Buenos Aires.

Cantidades recibidas:

M. A.—G. Roen.—Por libro 2.—; 0.60 para «Renovación» y 0.60 para nosotros por intermedio de «La Rebelión».

M. S.—Los Pinos.—Susc. 1.20 por intermedio de «La Rebelión».

P. Romero.—Rosario.—Paqs. 3.50.
E. R.—Ciudad.—Susc. 0.60.
E. M. P.—Gueleguy.—Por rifas 3.—; 4.
J. R.—La Violeta.—Susc. 1.—.
J. G.—Ciudad.—Paqs. 1.20; susc. 0.60; para «Renovación» 0.60; para «El Poder del Pueblo» 1.50.
F. G.—Ciudad.—Por suscs. 1.20.
A. D.—Pigüé.—Para «Renovación» 0.60; «Alborada» 2.—; «El Poder del Pueblo» 0.80; y para nosotros 1.20.

F. A. R.—Ciudad.—Para «Tierra y Libertad» 5.—; «El Hombre Libre» 5.—; «La Rebelión» 2.60; «Nubes Rojas» 0.60; «El Poder del Pueblo» 0.50; y para nosotros 1.60.

F. L.—Liniers.—Para «La Rebelión» 2.—; de P. P. para «Nubes Rojas» 2.—; para nosotros 1.—.

R. V.—M. Camé.—Por susc. 1.20.
S. G.—Aparicio.—Id. id. 1.20.

L. P.—Ciudad.—Id. id. 0.60.
F. M.—id.—Por paqs. 2.—.

M. P.—Avelleda.—Susc. 1.—.
L. U.—Mercedes.—Suscs. 4.80.

M. L. M.—M. J.—Tomamos nota de 1.20 que por intermedio de «Renovación» nos manda de S. S.

T. S.—Azul.—Por suscs. 4.20.
R. B. y V. C. P.—Maldonado.—Por intermedio de Pacheco 0.80 y 1.20 respectivamente.

A. F.—Ciudad.—Por paqs. 5.40.
J. M.—V. Urquiza.—Id. id. 2.—.

M. T.—T. Lauquen.—Id. id. 12.—.
M. P.—San Pedro.—Para «Renovación» de A. F.

0.60; por folleto 0.20 y susc. 32.—.
M. P.—Fuentes.—Para «Renovación» de A. C. I.— y para nosotros 2.—.

T. P.—Cruz del Eje.—Para «Renovación» 5.—; para nosotros 10.—.

J. I.—Berazategui.—Para «Renovación» 0.60 y para nosotros 2.50.

Centro «Amor y Libertad».—Ciudad.—Por pagte. 0.50.

A. A.—Ciudad.—Susc. 0.60.
A. S.—A. Córdoba.—Para «Renovación» 0.60; para nosotros 0.60.

M. F.—Rosario.—Suscs. 5.—.
De la Croix.—Ciudad.—Don. 1.—.

C. L.—Id.—Susc. 1.20.
E. R.—Id.—Id. 0.60.

N. R.—Santa Rosa.—Sus. 0.60.
J. C. B.—Salto.—Id. 1.20.

F. del I.—La Plata.—Id. 11.—.
E. B. M.—Salto.—Ejemp. 0.40.

V. I.—Ciudad.—Pag. 1.—.
F. M.—Corrientes.—Susc. 1.— por intermedio de «Renovación».

A. G.—B. Blanca.—Id. 2.— por id. id.
A. de Z.—Dolores.—Paq. 0.50.

V. C.—Ciudad.—Sus. 1.20.
M. A. Ch.—Santa Fe.—Sus. 0.60; para «Renovación» 0.60.

R. L.—Liniers.—Suscs. 5.40.
J. M. D.—Ciudad.—Sus. 1.20.

A. B.—Ciudad.—Para la «Rebelión» 0.60— para nosotros 0.60.

A. A.—Id.—Paq. 2.40.
«La Rebelión».—Manden el periódico a Andrés Barfola, Franky 566, Bs. As.

«Renovación».—Suspendan el periódico a T. Fernández, Cruz del Eje.

F. N.—Rosario.—Un giro por 5.30.
F. D. A.—Montevideo.—Suscripciones 10.— oro. Pacheco.—De la velada de B. Blanca 100.—.

P. P.—Rosario.—Susc. 1.—.
A. A.—Santa Lucía.—Para «Ideas» 3.—.

J. P.—Ciudad.—Por pag. 1.50; para «El Poder del Pueblo» 1.—.

El compañero que posea los números 1º y 2º de LA OBRA y quiera desprenderse de ellos, los remitirá a esta administración pagándosele a l.— c/u. por encargo de un suscriptor. Necesitaríamos un ejemplar más de cada uno y uno del Nº 7 y otro del Nº 13, gratuitos, para la colección de «Tierra y Libertad» de Barcelona.

Obra de sociología: C. P. Perlado, Rivadavia 1731, Buenos Aires. Pida catálogo.